

CRISIS Y REORIENTACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA

Por Gloria GONZÁLEZ SALAZAR

La necesidad de reorientar las ciencias sociales en América Latina, en atención a las exigencias de la problemática que afecta a los países que la integran, ha sido, de unos años para acá, una preocupación central de numerosos sociólogos de esta parte del mundo.

Los problemas relativos a la construcción del propio conocimiento sociológico, la praxis del sociólogo y el carácter y perspectivas de esta rama del conocimiento en Latinoamérica, han venido siendo objeto de acuciosos exámenes y discusiones que han implicado, entre otras cosas, importantes avances en la descolonización de esta disciplina con respecto a enajenaciones surgidas a la influencia de las corrientes estructural-funcionalistas y de algunas otras y cuya aceptación dogmática ha puesto de manifiesto su ineficacia o insuficiencia, tanto para la comprensión de nuestra realidad, como para ofrecer soluciones satisfactorias.

Entre otros muchos aspectos la nueva corriente se ha orientado a rescatar a la sociología de su empleo como mero instrumento de investigación burocrática dedicada a estudios estadísticos de reducido alcance para usos administrativos y generalmente destinados, cuando más, al servicio de programadores autoritarios encargados de realizar, en los distintos países, ajustes cuantitativos que a la postre resultan más útiles para conservar los marcos prevalecientes que para producir las transformaciones sociales a que en principio se aspira. Cuestión que, por ende implica —utilizando las palabras de Wright Mills—, una incitación a la *imaginación sociológica* de modo que sea capaz de trascender las definiciones oficiales de lo social y la mistificación metodológica de sus categorías analíticas y las sujeciones burocráticas y como resultado de un conciente establecimiento de prioridades de trabajo, abandone el minucioso estudio de lo irrelevante y los análisis de los hechos tomados como datos, para avocarse a los problemas esenciales y candentes de la realidad latinoamericana, con sus

correlativos de ampliación del horizonte histórico de los procesos sociales, de su interpretación en relación a la interdependencia universal y a los fenómenos estructurales profundos. Y todo ello, en atención a las necesidades interdisciplinarias que presupone para su captación una compleja realidad en que las distintas piezas, que forman un mismo engranaje, no pueden estudiarse por separado como costos cerrados, propiedad de cada una de las distintas ciencias sociales.

El rechazo de la posición ascéptica de las ciencias forma parte de esta corriente, en un momento en que el compromiso —que siempre existe quiéralo o no el sociólogo—, debe hacerse explícito como una responsabilidad ineludible de quien tiene por oficio el estudio de las cuestiones sociales que afectan a millones de seres. En esta forma, la determinación de lo que es, en atención a los marcos estructurales prevalecientes y de lo que podría ser, de removerse los hechos que se les oponen y que no son datos naturales, sino sociales, forman parte esencial de la actual vocación de la sociología.

La evolución del pensamiento sociológico en América Latina y el rechazo de los patrones euronorteamericanos antes aceptados dogmáticamente, no son sino la consecuencia de la agudización de las crisis de todo orden por las que atraviesan los distintos países de esta parte del mundo, como resultado de la persistencia del subdesarrollo sucesivamente redefinido en cambiantes modalidades. Bajo estos hechos subyace el convencimiento de numerosos sociólogos, economistas y otros estudiosos honestos y dotados de imaginación sociológica, de la inutilidad de consagrar sus esfuerzos y existencia al estudio de los meros resultados de un proceso cuyas determinaciones estructurales quedan fuera de su campo de observación, como lo han demostrado numerosos programas de desarrollo emprendidos por organismos nacionales y/o internacionales en que a limitados diagnósticos sobre la problemática prevaleciente, corresponden, asimismo, nulos o escasos avances resolutorios. Y esto, en virtud de que ni la cuantificación esmerada de la desigualdad social, ni el manejo acucioso y frecuentemente tergiversado de los indicadores económicos, y su referencia a las situaciones inmediatas que producen los problemas estudiados, resultan eficaces ni para diagnosticar ni para resolver, salvo quizás, para obtener mejorías leves que ayudan a mantener transitoriamente el equilibrio del sistema, pero que ni explican el subdesarrollo en su diversas manifestaciones ni ayudan a trascenderlo.

En la etapa contemporánea, inevitablemente los problemas sociales requieren ser interpretados en su dimensión universal, pues los

mundos sociales se encuentran en una interdependencia e interacción rápida, manifiesta y de enormes implicaciones para aquellos países ubicados en el sistema capitalista en posición de subordinación y complementaridad asimétrica. Es imposible aproximarse a la comprensión de esta compleja realidad interdependiente y diferencial a través de la acumulación de generalizaciones microscópicas, que vedan a la sociología elevarse a las tareas de la construcción térica que es el requisito esencial de una verdadera ciencia. Tampoco es posible hacerlo a través del estudio de pequeños fragmentos de la historia, en muchas ocasiones reducidos a su pura expresión nacional, ni menos aún a través de modelos en que la funcionalidad y el orden ocupan el primer plano y en que la recuperación del equilibrio sólo puede entenderse no en atención a comprender y resolver el conflicto fundamental que existe entre los países ricos y los subdesarrollados, sino más bien como medio de oscurecerlo y de preservar el actual marco de dominación internacional.

Por todos estos motivos, la nueva sociología latinoamericana vuelve los ojos a la ciencia social clásica preocupada por los problemas esenciales de su tiempo, en que el compromiso de sociólogo con los hechos fundamentales de su momento histórico es lo que asegura realmente el desarrollo teórico-metodológico de la sociología, al elevarse por encima de los sistemas acrílicos de la ortodoxia académica oficial y al hacer frente a las interrogantes que le plantea la realidad, proceso en el cual lo teórico y lo empírico se nutren recíprocamente y eluden la trampa del corto plazo para comprender la naturaleza del proceso histórico del cual forman parte.

Marx, Sombart y Weber, Comte y Spencer, Durkeim y Veblen, Manheim, Schumpeter, Michel, etcétera, son figuras de la teoría clásica que, cada cual a su manera, se avocaron al estudio de los fenómenos esenciales de su tiempo y cuyas aportaciones constituyen respuestas al cambio de situaciones y perspectivas históricas. Así, los sociólogos latinoamericanos que han logrado trascender los marcos de la ciencia social convencional, en respuesta a los problemas básicos de su tiempo, han introducido paulatinamente nuevas categorías analíticas y nuevos conceptos antes vedados, avanzando en el desentrañamiento de las causas y naturaleza del capitalismo del subdesarrollo en sus rasgos externos e internos, en el funcionamiento del imperialismo y en los rasgos comunes que imprime en el subcontinente americano, así como a sus expresiones peculiares en cada país como marcos diferenciadores de fenómenos esencialmente idénticos en sus aspectos básicos, pero con peculiaridades propias en atención a la historia de

cada país, a su idiosincracia, a sus recursos naturales y aun a su ubicación geográfica.

En esta forma, la nueva corriente, sin defecto de aceptar y asimilar los antecedentes de la teoría sociológica en lo que tiene de positivo y de verdaderamente científico y sin olvidar la necesidad de acumular conocimientos y, obviamente, sin abandonar el rigor científico, se libera, sin embargo, de las inhibiciones metodológicas de antaño y busca reorientarse en atención a las exigencias que le plantea la realidad en que la dependencia, el conflicto y la crisis, tienen un lugar central como parte de procesos globales interdependientes ubicados en un proceso histórico que no admite fragmentaciones artificiales. O como dice Fals Borda, una ciencia propia, una ciencia que sepa andar sola, capaz de llenar todos los requisitos académicos de acumulación del conocimiento y que se avoque a la formación de conceptos y a la sistematización universal, o sea una ciencia que sin olvidar los avances metodológicos anteriores, utilice materiales autóctonos y normas conceptuales originadas en las situaciones de América Latina, que no tema a los hechos más candentes y delicados, que sepa establecer prioridades de trabajo, en suma, una ciencia rebelde que, en el marco de la crítica social trascendente, se oriente al cambio social a favor del desarrollo económico y social autogenerado y a la satisfacción de las necesidades de los grupos mayoritarios de la población, con todas las implicaciones que ello presupone.¹

Como ya ha sido señalado, el IX Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en México en noviembre de 1969, constituye la culminación de un proceso de rompimiento con el formalismo sociológico estilo euronorteamericano de las últimas décadas, mismo en el que se reconoce su inoperancia para el desentrañamiento de los problemas sociales básicos de América Latina y al par que los sociólogos se interrogan sobre la crisis que la afecta, se plantean la exigencia de poner las ciencias sociales al servicio de los derechos fundamentales del hombre y de la creación de formas auténticas de democracia económica, social y política, y se autodefinen como actores intelectuales comprometidos con el proceso de cambio que esto implica.²

¹ ORLANDO FALS BORDA, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1970 particularmente pp. 30-31 y 95. Ver también, entre otros, SERGIO BAGÚ, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1970, y RODOLFO STAVENHAGEN, *Sociología y subdesarrollo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1972.

² O. Fals Borda, *Op. cit.*, pp. 30-31.

Con nuevo vigor y con la adición de nuevos elementos, el X Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Chile entre el 28 de agosto y el 2 de septiembre de 1972, replantea nuevamente estas cuestiones en el contexto concreto de un país empeñado en un proceso revolucionario que se orienta a la obtención de metas como las antes señaladas, y en el que los sociólogos chilenos viven al máximo la experiencia de ser al mismo tiempo que analistas de dicho proceso, participantes activos en la dinámica del mismo. En un ambiente en que la lucha de clases se respira en el aire, en las pugnas entre quienes desde adentro desean redefinir el subdesarrollo y las clases populares y su gobierno que luchan por conquistar la independencia estructural del país, los sociólogos latinoamericanos examinan temas candentes en el momento actual. Bajo el rubro general "La Lucha de Clases y las Transformaciones Sociales en América Latina", se analizaron cuestiones como las luchas antimperialistas —incluyendo, en oposición, las estrategias del imperialismo—; las experiencias reformistas a través de sus manifestaciones obrera y burguesa respectivamente; las luchas por el socialismo, comprendiendo las concenientes a la lucha por el poder político, a nivel nacional-institucional y sectorial en cada país. Y por otra parte, las perspectivas en la construcción del conocimiento científico acerca de la realidad de esta parte del mundo, tanto en lo que toca a los supuestos teóricos y metodológicos en la construcción del conocimiento sociológico, como a la formación y praxis del sociólogo latinoamericano.

Con referencia a este último gran rubro —motivo de nuestro particular interés en esta nota—, la comisión de trabajo avocada a su examen ofrece como conclusiones finales, entre otras: de un lado, en lo que atañe a la construcción del conocimiento sociológico, la necesidad de afinar categorías obtenidas por el avance de la sociología como es el caso de la dependencia; la exigencia de proveer a la construcción de una metodología de la investigación no puramente formal, sino que implique formas alternativas de participación del sociólogo en los problemas objeto de su análisis, además de la utilización *nacionalizada* del materialismo dialéctico como la herramienta teórica más adecuada para penetrar en la realidad social latinoamericana y de otros pueblos que luchan por su liberación, o si se quiere, por la nacionalización del marxismo. Y por otro lado, se pronuncia por la formación prioritariamente planificada de la investigación social, de modo que los recursos y esfuerzos se orienten fundamentalmente a los aspectos más esenciales de la dominación y de la liberación.

En cuanto a la praxis del sociólogo, éste se autodefine como un trabajador intelectual sujeto también a un proceso de proletarización, cuya toma de conciencia implica decisiones concretas en relación a su compromiso político en la investigación social y a su propia participación política.

En consecuencia, la orientación y perspectivas de la sociología latinoamericana requieren a la vez que de la preparación seria, profunda y eficaz del sociólogo, de su enfrentamiento con los problemas esenciales de su tiempo y de su papel activo como agente de cambio en la transformación social.³

Desde la perspectiva que adopta la nueva corriente sociológica, orientada a la conquista de la independencia estructural y al bienestar de la sociedad como un todo, los replanteamientos en torno a sus cuestiones esenciales no se quedan, pues, en la pura crítica científico-metodológica, sino que cuestionan en forma radical el quehacer del científico social, interpretación de perspectivas en las que se pone de manifiesto la íntima trabazón entre el propio desarrollo teórico-metodológico de esta rama del conocimiento y su papel en la reconstrucción misma de la sociedad.

³ Cf. relatoría de la Comisión de Trabajo No. 4, presentada en Asamblea Plenaria, x Congreso Latinoamericano de Sociología, Santiago de Chile, 28 de agosto-2 de septiembre de 1972.